

Los dependientes de la tienda lo aferraron y lo arrojaron a la calle, mientras el pobre viejo se afanaba por responder:

—¿Pero qué culpa tendré yo de que la muerte no me haya querido? ¡A la fuerza no puede ser! Por mí no ha quedado...

V

Entre manojos de mimbres, de espartos, de juncos largos como serpientillas, Marábito pasaba ahora el día entrelazando capachos, serones, canastos y cestos, por consejo de las buenas vecinas.

—La holganza le perjudica. No está usted acostumbreado. Este es un trabajo sencillo y le servirá a usted de pasatiempo.

Y él, más ligero que un muchacho. ¡Había que verlo! Con el trabajo le había vuelto la alegría.

—Cuando tenga bastantes hechos, por las mañanas iré por ahí a venderlos. «¡Cestos, serones, capachos!» Quiero hacerle una dote a Anuca.

Anuca era una niña, huérfana de padre y madre, que una de las vecinas, la tía Mia, había recogido en su casa y trataba como a una hija. Todos la querían mucho allí, en la plazuela de Santa Cruz; y por ello la promesa del viejo, de formarle la dote, fué acogida con gran entusiasmo. Todas las mañanas las vecinas ayudaban a Marábito a cargar con sus cestas. Una vez preparado,

hacíase la señal de la cruz y ensayaba el pregón:

—«¡Cestas, serones, capachos!»

Luego volvía a preguntar:

—¿Está bien así?

—¡Muy bien!—le respondían ellas riendo—. ¡Y que Dios le acompañe, tío Titto! ¡Ah! Y no olvide usted pasar por delante de la tienda de aquel caballero; y grite usted bien fuerte entonces: así se le pondrá la cara más verde aún de la bilis.

No, no, aquéllo, no. Marábito no quería hacer aquéllo, aunque el Maltés le había tratado de tan mala manera la última vez. Por la calle Atenea tenía a la fuerza que pasar, pero cuanto más lejos le fuera posible de la tienda y, callado, para que no lo oyesen ni desde lejos. No le parecía bien molestarle, pues que sabía que iba agravándose de día en día, obstinado en permanecer en la tienda, en morir allí. Lo sentía sinceramente, pero sentía más aún que, desconociendo sus sentimientos, el Maltés no lo llamase ya, como antes, para hablarle de su finca.

Desde que había estado enfermo, casi no había tenido noticias. Para ello necesitaba aguardar que subiera Grigóli de cuando en cuando a la ciudad. Y aquellos eran para él días de fiesta. Preguntaba por tal almendro, por tal olivo y por la viña y por el huertecillo, y no le importaba ya que la tierra no fuese suya, con tal que cumpliera con su deber y dejando contento a su nuevo amo, se hiciera querer de él.

—Ya que de mí no está contento, ¡que lo esté por lo menos de ella! ¿Y las mulas? ¿Cómo están las mulas? ¿Están bien? ¡Ya sé, ya sé que murió la burrita! ¡Paciencia! ¡Se ha quitado de padecer! Mira bien a los ojos de las bestias, hijo mío; notarás que comprenden la fatiga: la alegría, no.

Y daba a Grigóli los buenos consejos que solía dar con frecuencia al Maltés antes de la ruptura.

—Ten mucho cuidado, Grigolito: no mondes las plantas hasta que no caigan las primeras lluvias, porque de lo contrario se queda herida la planta y el agua puede hacerle mal. Y otra cosa voy a decirte: en cuanto llueva, cava la tierra y aguarda a que la yerba vuelva a brotar; pasa después el arado y el terreno te quedará limpio y suave; entonces puedes sembrar. Pero dime... ¿no me dices nada?

—Nada—le respondía Grigóli, encogiéndose de hombros—. ¿Qué quiere usted que le diga? Todas las noches canta el buho allá abajo...

El viejo alzaba las largas cejas y cerraba los ojos, moviendo la cabeza.

—¡Señal de buen tiempo! ¡Y si esta luna de septiembre no nos trae agua, estamos perdidos, Grigolito! Todo el año irá mal... ¿Se distingue la isla de Pantellería a la caída del sol, allá a lo lejos del mar?

Grigóli, respondía que no con la cabeza.

—¡Mala señal! Si se ve Pantellería, de la lluvia

llega el día. Es una regla que no falla en nuestros campos. ¿Llevas higos chumbos al amo? Toma, échalos aquí, en estos dos cestillos nuevos; te los regalo.

Si hubiese sabido que poco después el Maltés haría saltar por la ventana aquellos cestillos nuevos, ¡qué pena! ¡Cosas del viejo en su casa, por nada en el mundo...!

—¿Brujo? ¡Peor!—gritaba, con los ojos inyectados en sangre a Grigóli—¿Ves como me ha puesto? Un maleficio de la Malanoche, ¡pero por orden suya! Me lo han dicho. Y si me muero, ¡oh!, mi mujer ya está avisada: ¡a presidio, a presidio van a ir los dos! Asesinato premeditado. Con que cirrosis hepática, ¿eh? ¡Me hacen reír los médicos!

Y volviéndose a su mujer, levantaba una mano en señal de amenaza, como para recordarle: ¡Ay, de tí si no lo haces!

La señora Nela, roja como un pimiento, mordíase el labio para no llorar en presencia de su marido: sentía que se le destrozaba el corazón al verlo en aquel estado, casi en las últimas. También ella creía que la Malanoche y Marábito tuviesen la culpa de aquella desdicha. Y, cuando, a los pocos días el Maltés, aunque protestando en el delirio de la fiebre de que no quería morir, se murió, ella pidió de verdad consejo a un abogado por si era el caso de proceder contra los asesinos.

Al ver Marábito aquella mañana las tres puer-

tas de la tienda cerradas, con la franja negra al través en señal de duelo, quedóse un buen rato como clavado al empedrado de la calle. Volvióse a Rábato, como un perro vapuleado.

Las vecinas reuniéronse en gran asamblea, discutiendo animadamente lo que al viejo le convenría hacer y por fin convinieron en mandarlo a casa del notario, recomendándole que se tuviese firme en el contrato que era para él una arca de hierro.

—¡Cómo!—exclamó Nocio Zágara, viendo ante sí al viejo descubierto—. ¿No le han llevado a usted a la cárcel todavía?

Marábito lo miró, al pronto, extrañado; luego, sonriendo tristemente, le dijo:

—A la Muerte es a quien deben llevar a la cárcel, excelencia. ¿Qué culpa tengo yo?

—Usted y la Malanoche ¡claro!—replicó el notario—. La Muerte había ido a su casa y usted y la Malanoche ¡se la mandaron a don Miguel Ángel! Todo el pueblo lo afirma. Y la viuda, querido, ya está pensando en usted...

—¿En mí? ¡Oh! ¡Oh! ¡No nos metamos en historias! ¡Porque yo en todo caso no tengo nada que ver!—insistió el viejo, cruzando los brazos sobre el pecho—. Se lo juro, señor notario ¡por la salud de mi alma!

No advertía que el notario trataba de asustarlo para burlarse.

—¡Ah! ¿Lo ve usted? ¡Confiesa usted mismo que

ha habido mal de ojo! Lo declararé ante el juez.

—¿Yo?—gritó entonces Marábito, desorientado, de improviso, por el espanto.—¿Yo he confesado? ¡Pero si no sé nada! ¡Estaba muriéndome! ¿Y por añadidura me quieren echar a presidio? ¿Quitarme el fundo y echarme a presidio, a los ochenta y un años, porque no me he muerto a los seis meses, como el pobrecillo Ciuzzo Pace? Pero ¡hay justicia divina para los pobres! Y ahí está la prueba: ha muerto él, en cambio. ¡Él, que había tratado de matarme a mí!

—Basta, basta—dijo el notario, que no podía ya contener la risa—. Esperemos que no ocurra nada... Hay otros males también. No le ha bastado a usted deshacerse de él: hay un mundo de embrollos en la herencia.

Marábito, puesto ya en guardia por las vecinas, arrugó el entrecejo.

—¿Embrollos? ¡No quiero saber nada! Para mí el contrato habla claro. Me quedo con el fundo.

—¡Eh, ya veremos!...—suspiró Zágara, levantándose—. Déjeme usted que vea a la viuda y trataré de arreglarlo todo. Vuelva usted esta noche.

En casa de la señora Nela, el notario se encontró con el médico, que había ido en visita de pésame y se afanaba por repetir:

—¡No, no, no, señora! Tonterías... No se fije usted en eso. Un caso típico de cirrosis hepática. ¡Caso típico!

Y tenía en los labios una compasiva sonrisa por la ignorancia de la enorme señora.

Cuando se marchó el médico, la señora Nela tuvo un terremoto en los pechos, que, al fin, irrumpió terriblemente en sollozos y gritos: una cólera de Dios. Nocio Zágara sufría el contagio del llanto. Viendo estremecerse aquella montaña de carne, también la suya comenzó a estremecerse como en otro terremoto. Mas enseguida se incorporó irradadísimo, y para castigar aquel llanto en él y en la viuda, exclamó:

—¡Y esto no es nada! ¡Hay algo peor! ¡Algo peor, peor!

La exclamación no produjo efecto. Entonces don Nocio, fué resueltamente a plantarse ante la señora Nela.

—O se calma un momento, señora, o me voy. Usted es madre de familia y debe pensar en sus hijas. ¡Hablemos de negocios!

Sólo que, la viuda, tomando conocimiento de que la situación financiera de su difunto marido no sólo se hallaba quebrantada, sino casi arruinada, redobló los chillidos, que llegaron al cielo. Nocio Zágara se acobardó: pensó poder desviar el ímpetu de aquel torrente de lágrimas, arrojándole encima a Marábito.

—¡Por compasión, no me hable usted de él siquiera!—gritó la señora, levantando los brazos.

—¡Si aquel santo me hubiese escuchado!—suspiró el notario—. Pero entre tanto, mi querida se-

ñora, no hay más remedio que hablar. ¿Qué quiere usted hacer? Para mí es como si se dejara una vena abierta, perdiendo sangre, gota a gota. «Gutta cavat lapidem».

—¡Nunca, nunca!—exclamó la viuda—. Ese asesino es capaz de matarme a mí y a mis hijas. ¡Fuera, fuera! ¡No quiero volver a hablar de él!

—Bueno—concluyó el notario—: en ese caso tendría que hacerle una proposición. Ya hay quien asumiría el compromiso del contrato con Marábito. Un amigo mío. Le hice notar que el pobre don Miguel Angel pagó durante seis años la renta vitalicia. Lo lamento—me respondió mi amigo—. «¿Pero quién le obligó a ese compromiso? ¡Peor para él, que tuvo que pagarlo!» Le hablé entonces del palacete nuevo, que cuesta ya varios miles de liras y que aún no está terminado. ¿También se echó esto a la espalda? No. Por el palacete, dice, que estaría dispuesto a dar algo..., de tres a cuatro mil liras. Ahora, si usted acepta esta proposición, se podría, como suele decirse, coger dos palomas con una sola haba; esto es, librarse del brujo y de una antigua deuda. Como usted habrá podido observar, en los papeles que le he presentado, el pobre don Miguel Angel me debía cinco mil liras. Las tres o cuatro mil—esperemos que sean cuatro—que el nuevo propietario daría por el palacete, quedarían, no a cuenta, sino como saldo de mi crédito. Yo estoy satisfecho. ¿Le satisface a usted?

Satisfechísima; la señora Nela se quedaba satisfechísima. Y el notario volvióse a su despacho cuando ya había cerrado la noche.

Marábito lo estaba aguardando.

Don Nocio, en cuanto le vió, le puso las manos en los hombros, exhalando un gran suspiro.

—Una vez había un padre que se quejaba así: «No lloro porque mi hijo pierde en el juego; lloro solo porque busca el desquite». Tenía un crédito con el Maltés de cinco mil liras. Por no perderlas estoy cometiendo la locura más grande que he hecho en mi vida. Siéntese. ¿Cuántos años tiene?

—Ochenta y uno—respondió sentándose Marábito.

—¿Y no está usted aún satisfecho? ¿Qué intenciones tiene usted?

El viejo permaneció mirándole sin comprender

—¡Ah! ¿Finge usted no comprender, eh? ¡Vive usted demasiado, querido! ¡Mal vicio es ese! Debe usted dejarlo. ¿Qué le parece a usted mismo de esa vida tan larga?

Marábito sonrió y levantó una mano con un gesto vago.

—Nada, excelencia. Parece como que esté asomado a una ventana.

—¡Muy bien!—exclamó el notario—. ¿Y tiene usted intención de estar mucho tiempo aún asomado a esa ventana?

—Por mí—respondió el viejo—si me la cerraran mañana mismo, me harían un favor. Morir, sí,

excelencia, es lo más fácil; pero vivir adrede no es cosa fácil, si Dios no quiere. Él, es quien debe decirlo; yo estoy dispuesto. ¿Tiene algo que mandarme?

El notario le citó para el día siguiente: renovarían el contrato de la cesión vitalicia y asumiría él el compromiso del Maltés.

—Con tal qué...—le dijo, abriendo los brazos y abandonando a aquel gesto la frase.

El viejo, desde la calle ya, alzó un dedo al cielo, lleno de estrellas y unió las manos para significar.

—Ruegue usted al Señor...

VI

Cuando la viuda llegó a saber que el amigo de quien le había hablado el notario, a propósito de la renta vitalicia de Marábito, era precisamente él, el notario en persona, pareció realmente que iba a volverse loca de rabia. Ya decía ella que don Nocio debía haberse comido la mitad de la herencia de su esposo.

¿Era posible que el más rico comerciante del pueblo hubiese dejado a su familia en tan tristes condiciones? Por lo demás, allí estaba la prueba: Zágara no había tenido valor para confesarle que el contrato con el viejo lo renovaba él por su cuenta, en aquellas condiciones de verdadero ju-

dño. Y si lo renovaba por su cuenta, ¿no era señal de que el negocio era bueno? ¿Entonces? Entonces ¡ladrón! ¿Más claro?

—¡Aprovecharse de una mujer! ¡de una pobre viuda! ¡de dos huérfanas!—gritaba, ante la gente que iba a condolerse de la desgracia—. ¡Es una acción que clama venganza ante Dios! ¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón!

La causa de todo el mal, no era ya Marábito, sino él, el notario. Confiaba en Dios que el fundo, donde su santo marido había empleado tanto dinero, y no lo había disfrutado, no lo disfrutase tampoco aquel ladrón. Y un día mandó llamar al viejo.

Marábito se le presentó, todo afligido y azorado. La señora, en cuanto lo vió, renovó el llanto y los gritos; luego prorrumpió:

—¿Vé usted? ¿Vé usted lo que ha hecho?

El viejo tenía también lágrimas en los ojos.

—¡No llore! ¡no llore usted!—le gritó indignada la viuda—. Sólo con una condición puedo perdonarle: a condición de que haga usted a ese bribón, lo que hizo usted a mi marido. ¡Degüéllelo usted vivo, haga que se muera antes que usted, y le perdono! Y mucho cuidado con morir-se ahora ¿entiende usted? ¡No ha de gozar del fundo ese bribón! ¡no se beberá la sangre de mi marido! Si es usted cristiano, si tiene usted conciencia, si le importa su honor, ¡viva usted! ¡viva usted! Y con buena salud ¿eh? ¡cuidadito! ¡robusto y fuerte, hasta que él reviente! ¿Ha comprendido usted?

—Sí, señora, sí; como «vuecencia» me mande —respondía el viejo, acorralado, aturdido, por aquel torrente de palabras—. Pero señora mía, créame, estoy confundido, y Dios sabe lo que siento dentro de mí. ¿Hubiera podido esperar, hubiera podido creer, que iba a vivir tanto?

—¡Y otro tanto, otro tanto tiene usted que vivir!—replico, con nuevo ímpetu, la señora Nela. ¡Para castigo de ese embrollón! ¡Y cuídese usted! Y si necesita usted algo, dígame, y venga enseñada a verme. ¡Hasta el pan de la boca me quitaría para dárselo a usted! ¿Tiene usted bastante ropa? Aguarde; se la daré yo... ahora puedo dársela... la de aquel santo... Debe usted tener cuidado con el frío, ahora que el invierno está ya en las puertas. Aguarde usted, aguarde.

Y, a la fuerza, quiso hacerle un paquete con los trajes más fuertes del marido. Al ir sacándolo del armario, lloraba, se mordía los labios, se enjugaba los ojos, tragaba...

—Aguarde... aguarde usted aún; esto es... también esta capa... Se la ponía él, mi santo marido, cuando iba allá abajo, a su finca... Tómelo, tómelo usted... Llévselo... Le abrigará a usted mucho; le resguardará de la lluvia y del viento. ¡Mucho cuidado con el aire, a su edad!... Hay siempre un airazo en este pueblo...

Marábito no pudo menos de cargar con los donativos—que no demostraban ni compasión, ni benevolencia hacia él—y volvióse, humillado, al arrabal.

—¿Trae usted caza, Marábito? ¿Qué es eso?— le preguntaron alegremente las vecinas, creyendo que llevaba ropa para el ajuar de la huérfana. Pero al ver los trajes y la capa del Maltés, comenzaron a hacer los conjuros de ritual.

—¿Por qué se ha traído usted eso, Marábito? ¡Tírelo enseguida, sin tocarlo con las manos!

El anciano encogióse de hombros y volvió a hacer el envoltorio.

Pero aquella noche, con la ropa del muerto en su casa, no pudo pegar los ojos y le pareció que tardaba mil años en despuntar el día para deshacerse de ella dándosela de limosna a los pobrecillos más necesitados que él.

Como una sombra de tristeza le quedó, desde entonces, a Marábito en el rostro. Y esa sombra ibase ennegreciendo, de vez en vez, siempre que volvía de percibir su renta vitalicia.

El notario, a decir verdad, no le trataba mal; pero insistía en la broma de aquel mal vicio de vivir demasiado. Al pobre viejo se le entristecía el corazón. No había vivido, en su vida, a costa de nadie y ahora vivía únicamente para pesar sobre sí mismo y sobre los demás. El tener que ir, cada quince días a que le pagasen el descuento de aquel peso, habíase tornado como una condena para él, y, con toda el alma deseaba, cada vez que de allí volvía, que aquella fuese la última. Mas los días pasaban, pasaban los meses y los años; la tristeza aumentaba y la muerte no llegaba; no llegaba.

Las vecinas, al verlo así, habían redoblado sus cuidados: no le consentían que se retrasase tanto, por las noches, de conversación con ellas ante la puerta de la casa.

—Entrese usted, hace fresco; ahora iremos nosotras.

Esperaban que sus hombres volvieran del trabajo, o del campo, o de los hornos, o de las fábricas; la primera visita era para él viejo. Y allí, en la casuca, tras la frugal cena, se recogían en las noches de invierno para acompañarle, los hombres fumando sus pipas, las mujeres con sus calcetas y obligaban al viejo taciturno a hablarles de su vida, de la lejana América, donde había ido en su juventud y en donde se había adaptado a todo género de trabajos.

—Mejor pan negro, que hambre negra.

Así había podido reunir el capitalito con el que, al volver a la patria, adquiriera las tierrecillas de allá abajo. Y poco a poco, al hablar de los años trabajados, el viejo sacudía el peso de la melancolía. Hablaba de todo: lo sabía todo. ¡Había visto tanto!

—¿Usted? ¡María Santísima!... ¿Qué sabe usted?—le decía, no obstante, entornando los ojos, alguna vecina de las más jóvenes—. ¿Pero si usted es un niño?

Y las demás reían.

Aquellas conversaciones no se prolongaban hasta demasiado tarde, ya fuese porque los hom-

bres tenían que levantarse al amanecer para sus trabajos, ya para no fatigar demasiado al viejo. Le daban las buenas noches; le recomendaban que cerrara bien la puerta y que llamara en un caso de apuro; luego, en voz baja, exponían sus impresiones sobre el estado de Marábito.

—¡Cien años, cien años vive, como Dios es cierto! Poco le falta ya... ¡Y está divinamente!...

—Sí, sí; pero, a veces, aun estando tan bien... de repente... A esa edad no se sabe nunca... Se mueren como pajaritos...

Y volvíanse a mirar, consternados, la puerta cerrada de la casuca en la plazuela desierta, con los guijos brillantes bajo la luna. ¡Quién sabe si mañana volvería a abrir la puerta el viejo!

VII

Durante años y más años la primera en abrirse en la plazuela al alba fué siempre aquella puerta.

Era indudablemente una ironía de la muerte: al Maltés primero, y ahora al notario Zágara. Y se reían de ello en todo el pueblo. No pasaba día sin que, tres o cuatro curiosos, no se dirigieran a Rábato para ver al viejo que «no se moría por castigo». Habíase formado en el pueblo una especie de leyenda sobre Marábito, en la que aparecía alegre, robusto, obstinado en vivir a despecho de

todos, y los curiosos sentían una desilusión en el primer momento al ver ante ellos a aquel viejecillo encorvado y endeble, humilde y esquivo, que evadía rudamente de su presencia y de sus preguntas, que sonaban como una irrisión para el pobre notario, del que no sólo se condolía, sino que lamentaba sinceramente el daño que su vivir, fastidioso y triste, le producía, sin darle a él placer alguno.

—¡Dejadme tranquilo! ¡No me fastidiéis!—gritaba irritado y exasperado a las comadres que iban a desenterrarlo de la casuca, en donde se ocultaba a la primera aparición de un desconocido en la plazuela de Santa Cruz.

Las vecinas no lo hacían por molestarle. Aquella curiosidad de todo un pueblo les parecía de buen augurio para el viejo que custodiaban, como si alguien se lo hubiese confiado a sus cuidados para que un verdadero milagro se cumpliera; y por ello, a porfía se lo enseñaban a todos.

—¡Pasado mañana noventa y cuatro años! Ya no se muere.

Cerca de veinte años atrás, esto es, cuando del campo había ido a ocupar la casuca, ellas tenían aún los cabellos rubios o negros; y ahora, ¡había que verlos!—¡grises! ¡blancos!—; mientras el viejo seguía lo mismo. Para todos había pasado el tiempo; para él, no. Aquél había muerto; aquel otro también, allí al lado; no era cosa de creer que la muerte no había pasado por aquella plazuela;

pero como si la casa del viejo no hubiese existido para ella.

Marábito escuchaba atónito ante las vecinas, aquella historia tantas veces repetida; y cada vez, al oír nombrar a los muertos del vecindario, todos menos viejos y útiles aún a sus familias, comenzaba a llorar silenciosamente con las cejas calvas, resecos los ojos por los años.

Las lágrimas le corrían por las arrugas hasta la boca sumida y fruncida; y entonces levantaba una mano temblorosa y con los dedos nudosos se apretaba los labios, mientras con los párpados trataba de encerrar en los ojos el llanto.

—¿Y ésta?—le decían las vecinas para distraer enseguida al viejo, indicándole a Anuca, su otra protegida—. Tenía apenas dos años, pobre huerfanita, cuando él llegó aquí. Y ahora, ¿qué muchachota, eh? El abuelo Titto había prometido pensar en ella: pero de algún tiempo a esta parte se ha vuelto malo y parece que ya no quiere a nadie.

En efecto, Marábito había llegado a tener una verdadera obsesión con su longevidad; había comenzado a creer en serio, que la muerte se había olvidado adrede de él, para sostener aquella ironía de que todos hablaban. Con el dinero que había cobrado del Maltés y con el que seguía cobrando del notario, se había cobrado y más cobrado el fundo; la muerte entonces, teniéndolo en pie aún, se divertía haciéndole cometer una mala jugada,

obligándole a hacer un papel de gorrón: esto es.

El no quería. Todo el pueblo se reía, como si para él fuese un gusto eso de vivir a costa de los demás; no, no; no quería, no quería ya. Y los cuidados, las recomendaciones solícitas de las vecinas, le irritaban. ¿No querrían también ellas burlarse a espaldas suyas? Y a propósito, se exponía al frío; y a propósito, volvía empapado por la lluvia, y se rebelaba cuando ellas le llamaban viejo chocho y le obligaban a entrarse para que se cambiase de ropa y se acostase.

—¡Dejadme tranquilo! ¡Dejadme morir! ¡Si es lo que estoy buscando! ¡Ya estoy fastidiado!

¡Pero todo inútil: no se moría!

Surgió entonces en él la sospecha de que una fuerza misteriosa, de ultratumba, lo sostuviese en pie: el alma en pena de Ciuzzo Pace que, sin duda, lloraba aún por su finquita, que había perdido por unos cuartos. Eso es, sí; era Ciuzzo Pace, que quería que él le vengase.

Y resolvió que dijeran todos los domingos una misa por aquella alma en pena.

—¡Si se libra él, me libro también yo!

Estas y otras noticias, confiadas por las vecinas a los curiosos, llegaban hasta el notario, el cual afrontaba, como mejor podía, las bromas que se hacían a su costa.

—¡Burlaos! ¡Burlaos!—exclamaba—. ¡Siempre será poco, siempre será poco: algo más me merezco: dadme con un vergajo! Pero no digais nada

del viejo, os lo ruego. ¡Buen hombre, el pobrecillo! Lo sé: está llorando él también el castigo que me merezco. Le debo, no sólo gratitud, sino una compensación y se la daré. Si llega a los cien años, como le deseo, ¡veréis! ¡Música, luminarias, un banquete que haga época! Os invito a todos, desde ahora.

Era absolutamente dueño de sí, sin parientes próximos ni lejanos; podía darse el gusto de coronar triunfalmente el disparate que había cometido.

Por lo tanto, un día, que vencía el plazo de la renta y no vio llegar al viejo al despacho, sintió un verdadero disgusto.

¿Qué haya enfermado precisamente ahora?—pensó—. ¡Sería una verdadera lástima! ¡Me aguardaría la fiesta!

Y se dirigió a Rábato para inquirir noticias del viejo.

Lo halló, según costumbre, sentado ante la puerta de su casuca, recogido bajo un débil rayo de sol invernal.

En el acto, se levantó el viejo, para ofrecerle la silla.

—¿«Vuecencia» aquí?

—¡Vaya un gusto el de hacer mover a las montañas!—dijo, refiriéndose a sí mismo, jadeando el notario, dejándose caer, poco a poco, en la silla, como si temiese derrengarla bajo su peso—. ¿Cómo se encuentra usted? ¿Por qué no ha ido hoy a la notaría?

En lugar de Marábito respondió la tía Mila, aproximándose con las demás vecinas:

—¿«Vuecencia» quiere saber por qué? Porque nuestro viejo está chocho o loco.

—No, nada de eso; ni chocho, ni loco—dijo Marábito, arrugando el entrecejo. —He echado mis cuentas: «Vuecencia» me ha pagado ya la tierra, desde hace tiempo. Soy pobre, pero honrado. No quiero más dinero.

Nocio Zágara, quedóse un instante mirándole, admirado; después dijo:

—¡Querido viejo, es usted mucho más imbécil que yo! Yo le agradezco todo cuanto me dice, pero no puedo aceptar. Debo pagar hasta el último céntimo y pago por mi gusto y porque me da la gana.

—¿Pero no sabe «vuecencia»—replicóle Marábito con ira—que si no hago eso, no me moriré nunca? Le juro que si no fuese un pecado, hace ya tiempo que... Pero ya verá «vuecencia» que la muerte vendrá por sí misma, en cuanto no coja ni un céntimo de ese dinero que, en conciencia, no me pertenece. Repito que me ha pagado la tierra más de lo que valía.

—Pero yo no—replicó el notario—. Yo llevo la cruz desde hace catorce años ¿verdad? Quiere decir que hasta ahora he pagado... Aquí está la cuenta: también yo he echado las mías... Le he dado a usted diez mil doscientas veinte liras. La tierra fué tasada en doce mil: por tanto me quedan aún varios años que pagar.

—¿Y el dinero que he cobrado del pobre Maltés?
—le hizo observar Marábito.

—Ese no es asunto mío—replicó, imperturbable, el notario.

—Pero es que el negocio, perdone, ¿lo he hecho yo o lo ha hecho «Vuecencia»?—preguntó el viejo, entre las risas de todas las vecinas—. ¡Pues tiene gracia! ¿No soy dueño de morir cuando quiera?

El notario levantó la cabeza con una cómica gravedad:

—No; hasta que no le haya pagado el último céntimo, no. ¡Si después, usted quiere seguir viviendo, tanto gusto! Le prometo a usted que nos divertiremos.

Y se marchó, dejando el dinero.

VIII

Zágara, el notario, era hombre de palabra.

En la mañana de aquel gran día, todo aquel arrabal, de Rábato, se despertó con el alegre trepidar de la banda que, a son de marcha se dirigía a la vivienda del viejo centenario.

La casuca había sido adornada con guirnaldas y banderolas durante la noche, mientras el viejo dormía. En la plazuela se habían puesto los palos para la girándula. Y las vecinas habían preparado otra sorpresa a su viejecito: un traje nuevo para

la fiesta, cortado y cosido por ellas mismas. Cuando la multitud, en unión de la banda de música se vertió en la plazuela, la puerta de la casuca permanecía cerrada.

—¡Viva Marábito! ¡Que salga! ¡Que salga Marábito!

Nada. La puerta seguía cerrada. En balde los vecinos golpeaban a ella con las manos y con los pies. La vibración de las cornetas y los golpes del bombo, entre el estruendo confuso de los gritos y de los aplausos ensordecía, e inútilmente, por aquí y por allá, alguien, intérprete de la consternación del vecindario, hacía señas de que callasen, de aguardar a que el viejo abriese la puerta y diese señales de vida.

De improviso otro grito partió de la multitud:
—¡Viva el notario!

Nocio Zágara se deshacía, con la chistera en la mano, dando gracias a todos, sobrepasándolos con su elevada estatura. Caro pagaba los vivas que no eran una burla en aquella jornada: la gente se divertía con la inopinada fiesta y le agradecía la diversión; no hubiera dado, seguramente, una semejante el Maltés.

Sí, pero tampoco la hubiese dado el notario, si hubiese podido imaginar el dolor y la humillación que había de producir en el viejo. Lo comprendió al llegar, ante la puerta, entre aquella baraunda de gente. Se hizo abrir paso; ordenó a los vecinos que guardasen la entrada, para impe-